

Operaismo y postoperaismo: una mirada desde la perspectiva de la filosofía de la técnica

Lic. Andrea Fagioli

Universidad Nacional de San Martín/Université Paris 8

Se podría llenar un libro con todas las invenciones que después del año 1830 nacieron con el único fin de dotar al capital con armas para combatir las revueltas obreras

Karl Marx

El sabotaje obrero creó muchas más máquinas de las que destruyó

Toni Negri

113

Aunque los intentos de sistematizar las inquietudes por la técnica remontan al esfuerzo teórico de ingenieros y científicos en las últimas décadas del siglo XIX, se considera que la filosofía de la técnica como campo particular del saber se conforma en el VIII congreso de la *Society for the History of Technology* del año 19651.

Por esos años en Italia se estaban publicando *Quaderni rossi* y *Classe Operaia* - la segunda, producto de una separación entre los animadores de la primera - que son las dos revistas, por excelencia, del primer operaismo. No es, por lo tanto, posible pensar que el debate que se produjo en el interior del movimiento operaista, en primer lugar por un hecho cronológico, pudiese abordar en los mismos términos el problema de la técnica².

Paralelamente podemos decir que tampoco en los trabajos más recientes de filósofos postoperaistas como Paolo Virno y Antonio Negri, que proponen una genealogía del presente y de las formas de producción y explotación contemporáneas, se encuentra una reflexión que enfoque la instancia tecnológica desde un punto de vista que podemos definir “de la filosofía de la técnica”.

Sin embargo nos parece que este problema está presente en el cuestionamiento de la producción y de las máquinas, definido por Sergio Bologna “poder hostil a la clase”³ (Bologna 2012), que sí es central en la tradición que nos interesa.

Pensar, como hacen los operaistas, las nociones marxianas de plusvalor relativo y subsunción real significa traer a colación las implicaciones políticas que conllevan el diseño y

el uso de los instrumentos que se utilizan en el proceso de trabajo. De hecho, si encaramos marxianamente la instancia productiva en el capitalismo industrial separando el punto de vista del proceso laboral y el punto de vista del proceso de valorización, vemos que las herramientas con las que se producen valores de uso son las mismas que organizan el uso de esa mercancía que es *conditio sine qua non* del proceso de producción de las demás mercancías - la fuerza de trabajo - y su disposición alrededor de los medios de producción. De esto se trata la subsunción real: de la organización directa del proceso de trabajo por el capital; desde esta perspectiva el papel que juegan los instrumentos de trabajo es fundamental⁴.

Ahora bien, que el problema de la técnica tal como lo formulamos subyace a la inquietud operaista por la producción, no tenemos que buscarlo demasiado entre líneas, sino que emerge de forma palmaria en algunas páginas de Mario Tronti. Tronti, que es uno de los autores más importantes de ese archipiélago⁵ y sobre el cual nos detendremos más abajo, afirma que las “transformaciones tecnológicas son dictadas e impuestas por los cambios ocurridos en el valor de la fuerza-de-trabajo. Cooperación, manufactura y grande industria no son más que 'métodos particulares de producción de plusvalor relativo’”⁶. Para el autor, los instrumentos con los que se producen valores de uso tienen como verdadera prioridad la captura del plusvalor relativo. Nos parece que las bases para pensar como central el problema del estatuto de un espacio como el de la técnica, que se configura como uno de los campos de batalla de la lucha de clases, están sentadas en esta formulación.

Lo que está en juego en la fase de diseño no es sólo la eficacia en la producción de un determinado valor de uso. En los cálculos entra la productividad, o sea el nivel de explotación, es decir la mayor o menor extracción de plusvalor relativo que es para el autor la prioridad del capital. Pero también entra en esos cálculos la neutralización de un posible control obrero sobre la producción, que expondría el capital a los riesgos del sabotaje y del bloqueo de la misma.

Respecto del postoperaismo: hacer la genealogía del presente postfordista, individuando en el rechazo al sistema de fábricas el motor del cambio de paradigma productivo, planteamiento que comparten Negri y Virno, pone sobre la mesa el problema de la dirección que toma la innovación tecnológica⁷ y con él la necesidad de pensar en términos políticos una determinada forma de producir, rechazando todo esquema teleológico que apele al desarrollo lineal de una racionalidad intrínseca.

Si nos preguntamos qué concepción de la técnica subyace a estos planteamientos, nos parece que podemos tildarla de manera exclusivamente negativa en los términos de un rechazo a una concepción instrumental. Este rechazo implica un segundo rechazo, a saber, a la idea que la técnica es neutral desde un punto valorativo, que de la concepción instrumental es uno de los postulados fundamentales.

A nuestro parecer no sólo es posible, sino definitivamente útil trazar las líneas generales de una filosofía de la técnica operaista, aún en términos negativos, porque la manera de pensar este problema representa un punto de continuidad entre el operaismo y su post. Pero esta operación tendría sobretodo el mérito, para nosotros, de arrojar luz sobre uno de los puntos de ruptura entre esa tradición y el marxismo oficial italiano (Partidos comunista y socialista y sindicato vinculado al Pci, Cgil). Lo que se pone en tela de juicio con el operaismo es la noción misma de “desarrollo” de las fuerzas productivas, que para el

movimiento obrero oficial tenían un carácter progresivo y racional y constituían el motor de la humanidad.

Sin atribuir al movimiento obrero oficial una neutralidad valorativa *tout court*, podemos inscribir la ruptura en una distinta concepción de neutralidad técnica - y del consiguiente rechazo - que planteamos a partir de Friedrich Rapp. La distinción que el filósofo alemán postula entre neutralidad metodológica y fáctica es para nosotros muy útil para distinguir las perspectivas del operaismo y del marxismo oficial respecto del problema que nos convoca.

1. Concepción instrumental de la técnica. Tratemos en primer lugar de aclarar qué entendemos por concepción instrumental de la técnica, en cuyo marco se coloca la neutralidad valorativa, para intentar demostrar sucesivamente su incompatibilidad con los planteamientos de los autores que nos interesan. Paralelamente trataremos de entender si semejante concepción puede ser una herramienta conceptual útil a la hora de analizar las formas de producción contemporáneas, así como las consecuencias que implica.

Se trata de una concepción que en la época moderna no tuvo una fundamentación filosófica rigurosa y que no se puede atribuir a un autor o a un conjunto de autores en particular. Parece más bien un sentido común sobre el papel que la técnica desempeña en la sociedad moderna. Según esta perspectiva, el hombre tendría la tecnología completamente bajo control y decidiría cómo utilizarla. En esta concepción podemos aislar tres postulados fundamentales que nos interesan y que están interconectados: neutralidad política de la técnica, heteronomía de los artefactos y esquema de funcionamiento basado en el eje problema-solución.

La heteronomía de los artefactos se refiere al hecho que cualquier herramienta es neutral y carece de todo tipo de valor. El peso político de la acción cae sobre la decisión del agente, que elige un determinado fin. Un cuchillo puede ser usado para partir una manzana o para apuñalar a un ser humano. Desde ese punto de vista en el diseño del cuchillo no está inscrito ningún fin, por lo tanto la acción que se lleva a cabo usándolo depende solamente de la decisión del usuario. La objeción que es lógico poner es: ¿podemos afirmar lo mismo respecto de instrumentos más complejos?

En segundo lugar el esquema de acción problema-solución implica la identificación de un problema, así como de una técnica o un conjunto de técnicas que no tienen en sí ningún valor y que podemos usar para resolver un problema x , pero también para resolver un problema y . Medios y fines no están interconectados, el agente tiene que resolver un problema y elige los medios más convenientes.

La neutralidad valorativa de la técnica es el punto que más nos interesa. Esto implica una separación completa entre medios y fines y supone un esquema problema-solución en el cual los medios se deciden solamente en función de los fines.

Nos parece que un esquema como el planteado por la concepción instrumental podía tener cierta utilidad en la antigüedad, cuando un bajo nivel de complejidad técnica permitía aislar claramente medios y fines. Pero encarar el problema de la técnica de esta forma hoy en día sería, en cambio, bastante poco fecundo.

La idea de que el mundo humano anduvo complejizándose, complicando esta perspectiva, es lo que postula Enrique Dussel. En *Filosofía de la producción*, remitiendo a la

distinción entre *praxis* y *poiésis* - la primera acción humana, fundamentalmente política, y la segunda actividad productiva/fabricativa que se dirige al trabajo de la naturaleza – el filósofo argentino recuerda que para Aristóteles la *poiésis* no se ocupa ni de lo que es necesario, competencia del saber teórico, ni de lo que se decide ética y coyunturalmente, que pertenece al ámbito del saber político. Es exclusivamente la actividad de la *praxis*, la política, la que pone los fines. La actividad poética, los medios, no tiene ningún peso valorativo.

Rastreando la noción de producción en la historia de la filosofía, el autor indica que esta relación de subordinación entre los dos tipos de actividades se mantuvo a lo largo de la época medieval. Citando a Santo Tomás y su distinción entre *facere* y *agere*, nos dice que el objetivo del *ars* – la producción - no era el fin de la vida humana en cuanto tal, sino el medio para dicho fin. En su caso era la prudencia, la actividad política, que se dirigía al fin humano en general y que determinaba el *ars*. La jerarquía entre las dos seguía apareciendo de manera evidente.

Sin embargo resulta mucho más difícil, o más bien imposible, pensar de esa manera cuando toda una serie de posibilidades están dadas solamente por el hecho de tener a disposición ciertos artefactos tecnológicos, que constituyen el ambiente en el cual vivimos.

Cuando el proceso productivo puede ser visto como un ambiente que condiciona la vida del género humano es necesario encarar de otra manera el problema de la técnica en tanto instancia creadora de un mundo habitado por un ser que no tiene circum-mundo⁹. Podemos usar otra vez las palabras de Dussel, para hipotetizar una manera de pensarlo en la contemporaneidad:

el hombre, trabajando la naturaleza, comenzó a organizar un sistema instrumental que, lentamente, por acumulación e imbricación sucesiva, fue constituyéndose en cultura (...) este sistema material o cultural que se depositaba transformativamente en la naturaleza, no sólo era fruto del trabajo sino, al mismo tiempo, el condicionante material de la vida humana en su totalidad¹⁰

116

MARZO
2015

Es decir que la tecnología determina un modo de vida que sobredetermina la elección de ciertos fines. Esta tesis es también expresada, y ampliada, por Castoriadis, quien define la técnica como una dimensión cultural. La aclaración más determinante que nos parece dar el intelectual griego-francés, es que pensar la técnica como un mero instrumento, nos obligaría a pensar al mismo tiempo un conjunto de necesidades propias de la especie humana, definidas de una vez y para siempre, y a las cuales el hombre respondería con soluciones progresivamente perfeccionadas a lo largo de la historia. Al contrario, para Castoriadis no hay un punto fijo de las necesidades humanas, porque

el abismo que separa las necesidades del hombre como especie biológica y sus necesidades en tanto ser histórico, está surcado por el imaginario del hombre, pero el instrumento utilizado para surcarlo es la técnica (...) La técnica tomada *in toto*, no es simple instrumento, y su especificidad co-determina cada vez más lo que es surcado: la necesidad histórica no es definible fuera de su objeto¹¹

La concepción instrumental, pensada de esa manera se vuelve así completamente inutilizable para nosotros. Pero queremos aclarar, respecto a cuanto hemos adelantado en la

introducción de este trabajo, que la misma no es atribuible de ninguna manera al marxismo que tildamos de “oficial”.

El filósofo de la técnica Friedrich Rapp, sitúa en la revolución industrial el punto después del cual la humanidad se encuentra totalmente condicionada por la técnica y posterior al cual ya no es aplicable en lo absoluto el paradigma instrumental. En su *Filosofía analítica de la técnica*, el alemán propone un esquema, que nosotros consideramos muy fecundo, en el cual distingue dos tipos de neutralidades: metodológica y fáctica. Esta división se basa en la convicción de que metodológicamente la neutralidad es posible ya que

los sistemas técnicos creados a través de la utilización de los conocimientos de las ciencias naturales y de la ingeniería pueden ser utilizados para fines cualesquiera dentro del marco de leyes naturales¹².

Al mismo tiempo, sostiene el autor, no podemos afirmar la neutralidad fáctica de los artefactos técnico-tecnológicos. Con esto quiere decir que las decisiones técnicas determinan ciertas coacciones objetivas que siguen influyendo en el futuro y no pueden ser neutrales.

Tan pronto como existe un determinado tipo de técnica – escribe Rapp – ella “exige” su correspondiente utilización a fin de que verdaderamente haya valido la pena el esfuerzo invertido. Precisamente en los grandes proyectos técnicos, resulta de aquí una considerable capacidad insistente de persistencia porque el camino elegido ya no puede ser abandonado sin consecuencias negativas. De esta manera, de las decisiones técnicas elegidas previamente resultan determinadas “coacciones” objetivas que siguen influyendo en el futuro¹³.

Lo que hace Rapp, desde nuestro punto de vista, es separar los dos postulados que, según lo que planteamos, acompañan la neutralidad en el marco de la concepción instrumental. Por un lado no cuestiona la heteronomía de los artefactos, pero por el otro lado plantea la creación de un mundo por parte de la técnica, que torna inutilizable el esquema problema-solución. Sin ánimo de atribuir al autor de *Filosofía analítica de la técnica* ninguna lectura teleológica de la innovación tecnológica¹⁴, la neutralidad fáctica que plantea nos sirve como esquema para enmarcar desde un punto de vista de filosofía de la técnica la lectura “marxista oficial” del desarrollo progresivo y racional de las fuerzas productivas. Desde esa perspectiva, si no cuestionamos las formas de producir valores porque estarían inscritas en el desarrollo, ciertas “coacciones objetivas” tampoco son cuestionables. Es decir que queda excluida de las posibilidades cualquier “invención” que permita pensar en no seguir en el camino de la industrialización. La lucha política se sitúa en otro lado.

2. Una genealogía postoperaista del capitalismo contemporáneo. Usando la noción de genealogía, remitimos al significado que le dio Michel Foucault en la conferencia *Nietzsche, la genealogía y la historia*, es decir que nos referimos a “percibir la singularidad de los sucesos, fuera de toda finalidad monótona”¹⁵. Un significado que encaja perfectamente con el rechazo postoperaista a toda concepción meta-histórica. Siguiendo esta indicación, podemos afirmar que desde una perspectiva postoperaista, el punto de emergencia o de surgimiento del paradigma productivo que podemos caracterizar con distintos nombres – postfordismo, capitalismo cognitivo, capitalismo inmaterial – no lo tenemos que buscar en el trabajo oscuro

de un destino que pugna por manifestarse desde los albores de la sociedad capitalista¹⁶. Tenemos que pensar, al contrario, que su emergencia se produce siempre en un determinado estado de fuerzas. El análisis debe mostrarnos el fuego de la batalla desde la cual surge una nueva forma de producir, la manera como las fuerzas que están en juego y luchan unas contra otras.

El análisis del modo de producción contemporáneo, tal y como lo desarrollan en sus trabajos Virno y Negri, pretende por lo tanto mostrar que lo-que-es es producto de la confluencia de encuentros, desencuentros y posibilidades y no es sino uno entre múltiples “posibles”. No es el único posible porque es el despliegue de la única racionalidad, pero tampoco una corrupción y una caída de esa única racionalidad por la que hay que combatir, con el objetivo de restablecerla.

En *Gramática de la multitud*, del año 2002, Virno propone una genealogía del capitalismo contemporáneo. En la primera de las *10 tesis sobre la multitud y el capitalismo postfordista* que cierran el texto, el filósofo hipotetiza dónde situar el punto de surgimiento del capitalismo contemporáneo en Italia. Escribe el autor:

el postfordismo fue inaugurado por conflictos centrados en figuras sociales que, a despecho de su aparente marginalidad, se iban a convertir en el auténtico punto de apoyo del nuevo ciclo de desarrollo capitalista¹⁷

Es decir que la nueva forma de producir que quita centralidad a la industria, y contemporáneamente al obrero que habitaba la fábrica moderna, surge como efecto de un conflicto y no como su prosecución natural inscrita en su esencia. Desde esta perspectiva, no tenemos un capitalismo que, en base a los “avances” tecnológicos de una época, progresa de forma lineal a lo largo de una dirección predeterminada, y cuya gestión vendría a ser el problema político principal. Al contrario, la anterioridad de los conflictos respecto del desarrollo capitalista aparece de forma evidente. El capitalista reorganiza el proceso de producción frente a la conflictividad obrera. No independientemente de ella, sino como respuesta a ella, con el objetivo de satisfacer su única actividad vital, a saber: valorizarse. Como el filósofo aclara en la página siguiente:

la obra maestra del capitalismo italiano ha sido el haber transformado en recurso productivo los comportamientos que, en un primer momento, habían asumido los rasgos del conflicto radical. La conversión de las propensiones colectivas del movimiento del 77 – éxodo de la fábrica, rechazo del puesto fijo, familiaridad con saberes y redes comunicativas – en un renovado concepto de profesionalidad (...) es el resultado más valioso de la *contrarrevolución* italiana (entendiendo por “contrarrevolución” no la simple restauración del estado de cosas precedente, sino, literalmente, una *revolución en sentido contrario*, o sea una drástica innovación de la economía y las instituciones a fin de relanzar la productividad y el dominio político)¹⁸.

En línea con los planteamientos expresados por Virno, encontramos la misma lógica en varios puntos de la obra de Negri y también en los libros que el filósofo italiano escribió en los últimos lustros con el estadounidense Michael Hardt. El Imperio, la figura que Negri y Hardt usan para describir la nueva soberanía post-estatal, encarna esa contrarrevolución. Es sobre todo en la tercera parte del texto que lleva el mismo nombre, dedicada al pasaje de un

paradigma productivo industrial a uno post-industrial, que los autores individúan el motor del cambio en la conflictividad obrera y en el rechazo al modelo disciplinario. La salida de las formas de producción modernas y la entrada a la informatización de la producción postmoderna no fue guiada por la dirección tomada por la tecnología, sino que fue la respuesta al gran rechazo que el proletariado opuso, a nivel mundial, al modelo disciplinario entonces vigente.

Esta nueva etapa que los autores llaman postmoderna y que es la etapa en la que nos encontramos en el día de hoy, se caracteriza por la prevalencia cuantitativa de fuerza-de-trabajo empleada en los servicios, y ya no en las fábricas, pero – nos dicen los autores – está caracterizada también por una mutación de la producción industrial. Más allá de un análisis empírico, lo que nos interesa aquí es cómo surge este nuevo paradigma productivo. Negri y Hardt son tajantes al respecto, cuando nos dicen que

el capital no tenía la necesidad de crear un nuevo paradigma (si hubiera sido capaz de hacerlo por sí solo) (...) El problema del capital era más bien el de dominar una nueva composición que se había constituido autónomamente en el cuadro de un complejo de nuevas relaciones con la naturaleza y el trabajo¹⁹

Lo que plantean es que el Imperio es una respuesta, que a nivel mundial hace frente al rechazo del paradigma disciplinario que caracterizaba las sociedades modernas y que se habría tornado incapaz de contener los deseos y las necesidades de las jóvenes generaciones. La integración en un régimen de fábrica, esa fábrica que había sido el sueño de sus padres, de pronto pareció intolerable para una generación que veía como una pesadilla un trabajo estable ocho horas por día durante 50 semanas al año.

Y el mismo rechazo, según la interpretación de Hardt y Negri, se manifestó en los países capitalistas, pero también en los países del bloque soviético, tanto que en su hipótesis la caída de Unión Soviética no fue causada por la guerra fría, la competencia por las armas nucleares y la producción industrial. Sobre ese terreno, sostienen, la Unión Soviética habría podido durar muchísimo tiempo más:

el desafío de la posmodernidad – escriben - no había sido lanzado por los enemigos, sino por la fuerza-de-trabajo caracterizada por una nueva composición intelectual y comunicativa. A causa de sus rasgos no-liberales, el régimen era completamente incapaz de responder de forma adecuada a los pedidos de las subjetividades²⁰

Tanto en el planteamiento de Negri y Hardt como el de Virno encontramos que la innovación tecnológica es producto de un conflicto cuyo motor es la conflictividad obrera. Nos parece escuchar aquí un eco poderoso del núcleo original del operaismo de los años '60.

3. La revolución copernicana del operaismo: antes la lucha obrera y después el desarrollo capitalista. Para Tronti, y para todo el pensamiento operaista, el núcleo central de la relación de capital es el antagonismo que, en palabras de Negri y Hardt, es por un lado el elemento que genera la violencia estructural cotidiana del capital contra los trabajadores y al mismo tiempo la base para que los trabajadores se organicen y rechacen el control

capitalista²¹ (Hardt y Negri 2004: 181). Por esta centralidad, el sujeto político del operaismo no puede ser el pueblo, que es producto de una reconciliación que disuelve ese antagonismo, sino que tiene que ser la clase obrera, porque ella representa el punto de vista parcial de las mismas relaciones.

En un ensayo titulado *La fabbrica e la società* Tronti sostiene, basándose en la distinción entre proceso laboral y proceso de valorización, que aunque sólo en el proceso de valorización se desarrolla una relación de coacción que fuerza a la clase obrera al plustrabajo, ya en el proceso laboral, es decir en la producción de valores de uso, el capital se desarrolla en tanto comando sobre la fuerza-de-trabajo, sobre el obrero²². Hemos ahí el conflicto instalado en la esfera de la producción. En esa esfera en que se producen valores de uso y cuyos instrumentos no deberían tener ninguna carga valorativa según la concepción instrumental de la técnica. Adoptar el punto de vista de la clase obrera implica, en cambio, pensar en términos antagónicos el proceso de producción de objetos útiles. Implica llevar el conflicto en lo que Marx llama el secreto taller de la producción, ese espacio presentado en el capítulo IV del *Capital* (I) de una manera que recuerda del *Inferno* de Dante y del cual un letrado nos dice: *no admittance except on business*. Es una invitación a dejar la esfera de la circulación, una esfera dominada por las relaciones liberales – donde reinan Igualdad, Libertad, Propiedad y Bentham - que disuelven formalmente las subordinaciones personales de tipo feudal, para adentrarnos en la esfera donde los hombres no son todos igualmente libres²³.

El conflicto político no se limita así a la esfera externa de la distribución sino que inviste, desde esta perspectiva, la forma misma en que se produce. Llegamos así a la formulación que nos interesa. En el año 1964, en el primer número de *Classe operaia*, Tronti publica un artículo titulado *Lenin in Inghilterra*, donde postula lo que se conocerá como la Revolución copernicana del operaismo, que plantea la subordinación del desarrollo²⁴ capitalista a las luchas obreras. Se trata, como dijimos, de uno de los textos más fecundos del operaismo. Escribe Tronti:

nosotros también vimos antes el desarrollo capitalista y después las luchas obreras. Es un error. Hay que invertir el problema, cambiarle el signo, re-empezar desde el comienzo: y el comienzo es la lucha de clase obrera. A nivel de capital socialmente desarrollado, el desarrollo capitalista está subordinado a las luchas obreras, viene después de ellas y a ellas tiene que hacer corresponder el mecanismo político de su misma producción”²⁵.

La indicación que quiere dar Tronti²⁶ es que en una sociedad capitalista parece que el capital fijo estructura y re-estructura continuamente el proceso laboral en base a los “avances” técnicos de su época y a la competencia con los demás capitalistas. A un nivel superficial, tendríamos una visión de los cambios de las formas de producción en línea con la visión liberal, que plantea la independencia de la instancia industrial.

Un esquema como ese nos obligaría a pensar las luchas como unas prácticas políticas que tienen que adecuarse a esas reestructuraciones continuas, como el barco tiene que enfrentar las condiciones del mar sobre las cuales no tienen ninguna influencia y lo único que es posible hacer es manejar “bien” el timón²⁷.

Según esta lectura las luchas obreras no pueden modificar el proceso de producción y menos ser el motor que lo direcciona. Al contrario, para el filósofo italiano el factor que empuja el desarrollo capitalista es la amenaza que la resistencia del trabajo vivo representa

para la valorización del capital. Usamos las palabras del canadiense Beasley-Murray para aclararlo mejor y una vez más:

la dinámica del desarrollo capitalista está motorizada por la subjetividad obrera, que genera crisis que amenazan el proceso por el cual el capital se apropia de plusvalía y – sólo, *agregamos nosotros* - como respuesta, el capital reconfigura el proceso de trabajo, introduce nuevas tecnologías, hace concesiones limitadas a las demandas laborales y por consiguiente transforma la composición de la clase trabajadora. Pero esta recomposición de la clase permite expresiones aún más expansivas de subjetividad insurgente que siguen provocando crisis más profundas²⁸

Lo que está en juego aquí es una manera de pensar la técnica que se coloca a las antípodas de quienes identifican cada etapa al interior de un progreso lineal inscrito en la tecnología misma, que avanza de forma independiente con respecto a las relaciones de clase y al tipo de organización política que tiene alrededor. Una perspectiva como esta, no nos permitiría cuestionar la forma de producir y relegaría la posibilidad de crítica, de lucha y en definitiva “lo político” mismo a la esfera externa de los salarios y de los consumos. Para el australiano Steve Wright, autor de una historia del operaismo llamada *L'assalto al cielo*, la perspectiva que los operaistas combaten no se diferencia de la de economistas como Ricardo que aceptan como eternas las relaciones de producción y consideran la esfera de la distribución como el campo propio de la Economía Política²⁹. Sin embargo esta postura, que podemos encontrar en varias partes de la obra de Marx, es la que adoptó la mayoría de los marxistas del siglo XX. Tronti no podría ser más claro, desde el punto de vista que nos interesa, cuando ataca a los “demasiados 'marxistas' que (...) tratan la producción como una verdad eterna, relegando la historia al campo de la distribución”³⁰.

Particularmente emblemática es la postura de León Trotski, según el cual la fábrica de tipo taylorista, por lo tanto la racionalización extrema de esa forma de producir, podía ser usada tanto en sentido capitalista para lograr un aumento de la productividad y del plusvalor relativo, como para poder aumentar la base de población que podía acceder a bienes de consumo considerados de primaria importancia. Tendríamos así un taylorismo malo en su uso capitalista, pero bueno en su uso socialista. Sin embargo, como señala Benno Sarel en su *La classe ouvrière d'Allemagne orientale*, frente a los cronometradores los obreros de la entonces Alemania oriental reivindicaban la abolición de las cuotas de producción y de la línea estructural de mando sobre los trabajadores de fábrica, bajo la consigna de que “ahora vivimos bajo un régimen socialista, no deberíamos seguir padeciendo las cuotas de producción”³¹. Esto marca para nosotros un hecho importante: los obreros sufren (y se rebelan a) un determinado régimen de explotación de sus cuerpos más allá del hecho que la ganancia sea pública o privada³² y de la distribución de la riqueza.

Para recapitular cuanto planteamos en este párrafo: la subordinación del capital a las luchas obreras se sustenta solamente pensando que los procesos de producción, que a primera vista parecen neutrales, objetivos y determinados por un desarrollo que avanza linealmente según una dirección establecida, tienen para los operaistas una profunda naturaleza política.

Rastreando en la literatura operaista nos parece que el punto de quiebre con la lectura del marxismo oficial, que extraía vitalidad del así llamado *Miracolo economico*, el crecimiento descomunal que se vivió en Italia en las décadas de los '50/'60 del siglo pasado, se debe a Raniero Panzieri, uno de los animadores principales de *Quaderni rossi*. En un

ensayo aparecido en el primer número de la revista y titulado *Sull'uso capitalistico delle macchine nel neocapitalismo*, encontramos un análisis que se acerca más a una perspectiva de filosofía de la técnica; Panzieri sostiene que

el uso capitalista de las máquinas no es, por así decirlo, la simple distorsión o desviación de un desarrollo objetivo en sí mismo racional, sino que la maquinaria es determinada por el capital, que la utiliza para empujar al máximo la subordinación del trabajo vivo; a decir verdad – agrega – en la mente de los capitalistas el comando y el dominio del trabajo muerto eran una misma cosa³³.

El objetivo de su polémica se encuentra en la coyuntura política italiana contemporánea a él y era el sindicato de la *Cgil*, en particular Silvio Leonardi, que a mediados de los años '50 había dirigido su atención a los cambios radicales que acompañaban la nueva fase histórica desde el punto de vista tecnológico y económico. Para Panzieri, el límite más evidente de los estudios producidos había sido justamente no reconocer la profunda interrelación entre tecnología y dominio de clase. La reestructuración de la forma de producir tenía, según la perspectiva de la *Cgil*, una racionalidad que su uso por parte del capital no podía cancelar y que, remitiendo a una metáfora amo-esclavo permitía aislar claramente medios y fines, es decir, automatización por un lado y liberación del hombre de las limitaciones naturales por el otro. Esta polémica emerge de forma evidente en dos párrafos que nos parece esclarecedor citar:

Los cambios tecnológicos eran así distorsionados en una representación idealizada, despojada de las conexiones concretas con los elementos determinantes de poder de la organización capitalista. Aspectos que caracterizaban la nueva etapa de organización capitalista eran así asumidos como etapas de una objetiva racionalidad (...)

Ni siquiera se sospecha que el capitalismo pueda servirse de las nuevas “bases técnicas” ofrecidas por el pasaje desde etapas precedentes al de mecanización extrema (y de la automatización), para perpetuar y consolidar la estructura autoritaria de la organización de la fábrica (...) se representa todo el proceso de industrialización como dominado por la fatalidad 'tecnológica' que conduce a la liberación del hombre de las “limitaciones impuestas a él por el ambiente y las posibilidades físicas”³⁴.

Para Panzieri, Leonardi y la *Cgil* no lograban entender que una noción objetiva y neutral de tecnología no tenía ningún valor a la hora de dar cuenta de la producción capitalista, porque es justamente el despotismo capitalista que toma la forma de la racionalidad tecnológica para “luchar en contra de la insubordinación obrera”³⁵.

4. A modo de cierre. Escribe Marx en el capítulo XIII del primer libro del *Capital*: “se podría llenar un libro con todas las invenciones que después del año 1830 nacieron con el único fin de dotar al capital con armas para combatir las revueltas obreras”³⁶. Lo mismo había escrito, desde otra perspectiva y de manera más dura, el ingeniero Andrew Ure citado por el mismo Marx, quien al hablar de una máquina afirma:

finalmente los capitalistas trataron de liberarse de esta *inaguantable esclavitud* (es decir, de las inoportunas condiciones del contrato de trabajo), recurriendo a las posibilidades de la ciencia, y fueron

inmediatamente *reintegrados en sus derechos*, que son los de la cabeza respecto de las otras partes del cuerpo³⁷

Y más adelante, hablando de la invención de otra máquina sigue, dejándonos un testimonio muy importante desde su brutal honestidad conservadora:

aquella tenía el objetivo de restablecer *el orden* entre las clases industriales (...) Esta invención prueba nuevamente la *doctrina* (...) según la cual el capital, obligando a la ciencia a ponerse a su servicio, obliga siempre a la docilidad a la mano rebelde del trabajo.

En el mismo texto del 1835, *Philosophy of manufactures*, Ure plantea desde un punto de vista opuesto la misma tesis que fue formulada por los operaistas más de un siglo después, es decir que el conflicto es el motor de la innovación tecnológica. Dirigiéndose a los obreros y hablando del desarrollo de las máquinas, el ingeniero

los alerta de que haciendo resistencia, haciendo huelgas, etc, ellos aceleran dicho desarrollo. “Violentas revueltas de este género”, él dice, “muestran qué tan corta es la inteligencia humana (...) del hombre que se hace verdugo de sí mismo”³⁸.

Más allá de subrayar algunas líneas de Marx que fundamentan la perspectiva operaista, inscribiéndola en la amplísima senda marxiana, los párrafos que citamos parecen invitarnos a pensar la técnica como un arma. ¿Nos encontraríamos de esta manera nuevamente encerrados en una concepción instrumental - ya que podemos considerar el arma como un instrumento, ya sea para atacar o defenderse - con la única diferencia que el fin es dominar al trabajo vivo en vez que la naturaleza?

Nos parece más fecundo pensar la técnica como un arma en disputa que no está firmemente en manos del capital. Este la usa para enjaular y disciplinar al trabajo vivo, que se le resiste y lo excede constantemente, pero que le es necesario porque de ahí extrae valor. Sin embargo el capital no posee la técnica ya que, como subrayamos más de una vez, la dirección que esta toma está motorizada por la conflictividad obrera.

Lo que es sustantivo en esta concepción que tratamos de dibujar es la relación entre producción y resistencia. La producción no es una esfera autónoma, sino una relación configurada por el conflicto entre el capital y el trabajo que, para autores como Negri y Virno, le es absolutamente inmanente.

Esta hipótesis que tratamos aquí de describir, donde cobra centralidad la politicidad de la forma de organizar la producción, puede volverse una herramienta conceptual muy importante a la hora de abordar una reflexión crítica sobre la producción contemporánea. Una reflexión que apunte a repensar las relaciones entre clases en el marco post-moderno³⁹, cuando una teoría de la explotación y la constitución de una subjetividad antagonista quedan por tematizarse.

Bibliografía:

- Beasley-Murray J., *Poshegemonía. Teoría política y América latina*, Buenos Aires, Paidós, 2010.
- Bobbio N., *Elementi di politica. Antologia*, Torino, Einaudi, 2010.
- Bologna S., *Ocho tesis sobre la historia militante*, en Grigera J., *El operaismo italiano y su historiografía. Introducción a "ocho tesis sobre la historia militante"*, Sociohistórica/Cuadernos del CISH número 29, La Plata, 2012.
- Castoriadis C., "Técnica", en *Artefacto* 5, Buenos Aires, 2004.
- Dussel E., *Filosofía de la producción*, Bogotá, Nueva América, 1984.
- Foucault M., *Microfísica del poder*, Madrid, Ediciones de la Piqueta, 1992.
- Gehlen A., *El hombre. Su naturaleza y su lugar en el mundo*, Salamanca, Sigüeme, 1987.
- Hardt M. y Negri A., *Impero. Il nuovo ordine della globalizzazione*, Milano, Rizzoli, 2000.
- Hardt M. y Negri A., *Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio*, Buenos Aires, Debate, 2004.
- Marx K., *Capital y tecnología. Manuscritos de 1861-1863 al cuidado de Piero Bolchini*, México, Terra Nova, 1980.
- Marx K., *Il Capitale*, Roma, Newton Compton Editori, 2008.
- Panzieri R., *La ripresa del marxismo-leninismo in Italia*, Roma, Nuove edizioni operaie, 1977.
- Parente D., *La tecnología como objeto de tematización filosófica: algunas consideraciones introductorias*, Apunte de cátedra del seminario doctoral *Tecnología subjetividad y política. El debate en torno al estatuto ontológico de la tecnología*, Universidad de Buenos Aires, 2012.
- Rapp, F., *Filosofía analítica de la técnica*, Barcelona, Alfa, 1981.
- Tronti M., *Operai e capitale*, Roma, Deriveapprodi, 2006.
- Virno P., *Gramática de la multitud*, Buenos Aires, Colihue, 2003.
- Wright S., *L'assalto al cielo. Per una storia dell'operaismo*, Roma, Edizioni Alegre, 2008.